

sobre el rey y sobre la Asamblea. Dumouriez no tardó en hacérseles sospechoso. Su talento se sustraía á su dominio en fuerza de su superioridad, y tampoco les era fácil dominar su carácter por el fanatismo á causa de su gran flexibilidad. Madama Roland, seducida por su elegancia, no le admiraba sin remordimientos; conocía que el genio de aquel hombre era muy útil y casi absolutamente necesario para su partido, pero tampoco se le ocultaba que un genio sin virtud podía ser fatal á la república, por cuya razon trataba de infundir la misma desconfianza contra Dumouriez en el ánimo de sus amigos. El rey iba difiriendo sancionar los decretos contra los emigrados y contra los sacerdotes no juramentados, á pesar de las continuas instancias de los girondinos para que no retardase por más tiempo aquella sancion. Preveyendo madama Roland que llegaria un dia en que los ministros tendrían que dar una severa cuenta al público de los negocios que estuviesen retrasados, trató de declinar la responsabilidad que pudiese recaer sobre su marido, y persuadió á éste á que escribiese al rey una carta confidencial que contuviese austeras lecciones de patriotismo, y que se la leyese cuando estuviesen en el Consejo, guardándose una copia de ella, tanto para acusar á Luis XVI cuando llegase el momento oportuno de hacerlo, como para justificarse él mismo. Esta pérvida precaucion contra la perfidia de la corte era tan odiosa como un lazo y tan baja como una denuncia. Unicamente la pasion, que ciega el alma, podía cegar á esta mujer-leal sobre la naturaleza de semejante acto; pero el espíritu de partido hace las veces de moral, de justicia y aun de virtud, cuando hay tanta exaltacion en las ideas como tenia aquella mujer. Esta carta era un arma escondida que Roland se reservaba para herir mortalmente la reputacion del rey y para salvarse él. Madama Roland fué la que la redactó, despues de haber inspirado á su marido la idea de escribirla. Madama Roland no tiene otro crimen que echarse en cara; así es que este extravío, hijo de su odio al rey, fué el único remordimiento que la acompañó al cadalso.

«Señor,—decia Roland,—las cosas no pueden permanecer en el estado en que se hallan, estado de crisis, del cual es preciso salir de un modo ú otro. Francia se ha dado una Constitucion que la minoría está minando, al paso que es defendida por la mayoría. De aquí resulta una encarnizada lucha intestina, á la que nadie es indiferente. Vos disfrutábais la autoridad suprema, y no habeis podido perderla sin que os haya causado un gran sentimiento. Los enemigos de la revolucion hacen entrar en sus planes vuestros sentimientos presuntos. Vuestra proteccion secreta sería en tal caso la que constituyese su fuerza. ¿Debeis uniros hoy á los enemigos ó á los amigos de la Constitucion? Decidíos de una vez. El trono, el clero, la nobleza y la aristocracia deben aborrecer estos cambios que los destruyen; el pueblo ve el triunfo de sus derechos en la revolucion, y no se la dejará arrancar tan fácilmente. La declaracion de los derechos ha venido á ser el nuevo evangelio, y la libertad será en adelante la religion del pueblo. En este choque de intereses opuestos, todos los sentimientos son extremados y las opiniones tienen todo el acento de la pasion. La patria no es ya una abstraccion; es un sér real al que todos se unen por la felicidad que promete y por los sacrificios que todos le han hecho. ¡Hasta qué punto no va á exaltarse el patriotismo en un momento muy próximo, en que va á verse atacado por fuerzas enemigas exteriores combinadas con las intrigas interiores! La ira de la nacion será terrible si en aquel instante no tiene confianza en vos. Mas

esta confianza no la adquirireis sólo con palabras: se necesitan actos para obtenerla. Dad pruebas convincentes de vuestra sinceridad, como, por ejemplo, la sancion á dos interesantes decretos que hace mucho la aguardan, y que ambos son muy importantes para la salvacion del Estado. ¡Mirad bien lo que haceis! Empiézase ya á desconfiar de vos, y esta desconfianza se convertirá muy pronto en odio, y éste no retrocede ante el crimen. Si no dais una satisfaccion á la revolucion, ésta se amasará con sangre. Las medidas desesperadas que podrian aconsejaros para intimidar á Paris y para dominar á la Asamblea, no harian más que desenvolver aquella sombría energía, madre de los grandes desenlaces y de los grandes atentados. (Esta indirecta se dirigia á Dumouriez, que aconsejaba medidas rigurosas.) Os engañan, señor, cuando os presentan la nacion como enemiga del trono y vuestra. Amad y servid á la revolucion, y este pueblo la amará en vos. Los sacerdotes destituidos agitan las campiñas; ratificad las medidas que pueden ahogar aquel fanatismo. Paris teme por su seguridad; sancionad las medidas que llaman á un ejército de ciudadanos bajo sus muros. Si andais todavía con dilaciones, sólo se verá en vos un conspirador y un cómplice de nuestros enemigos. Justo cielo, ¿habeis cegado á todos los reyes? Yo sé que el lenguaje de la verdad raras veces halla acogida en el trono; pero tambien sé que esta falta de verdad en el consejo de los reyes es la que hace necesarias tan á menudo las revoluciones. Como ciudadano y como ministro debo decir la verdad al rey, y nada hay capaz de impedirme que haga que llegue á sus oidos. Pido que haya aquí un secretario del Consejo que tome acta de todas nuestras deliberaciones. Unos ministros responsables necesitan tener un testigo de sus opiniones; si este testigo existiese, yo no me dirigiria por escrito á V. M.»

La amenaza era tan clara como la perfidia que encerraba esta carta, y su última frase indicaba, aunque en sentido equívoco, el uso que se proponia hacer Roland de ella en su dia. La magnanimidad de Vergniaud se habia sublevado contra este paso del principal ministro girondino. Dumouriez se irritó al oír leer esta carta, y su lealtad militar estaba á pique de comprometerle, por no poder contener su indignacion. El rey oyó aquel escrito con la impasibilidad de un hombre acostumbrado á devorar la injuria. Los girondinos supieron por la mujer de Roland todo lo que habia pasado, y éste guardó una copia de la carta para cubrirse el dia de su caida.

VIII

Por ese tiempo y sin que Roland lo supiese, se entablaban negociaciones secretas entre palacio y los tres jefes de los girondinos, Vergniaud, Guadet y Gensonné, por mediacion de Boze, pintor del rey. Una carta escrita por ellos al príncipe y que quedó guardada en la famosa *alacena de hierro*, sirvió para acusarles. Dice así:

«Nos preguntais cuál es nuestra opinion respecto al estado de Francia, y cuáles son las medidas más á propósito para salvar la causa pública. Interrogados por vos sobre un asunto tan interesante, no vacilamos un momento en responderos: la conducta del poder ejecutivo es la causa de todo el mal. Engañan al rey persuadiéndole que los clubs y las facciones son los que sostienen la agitacion pública. Esto es hacer consistir la causa del mal en sus síntomas. Si el pueblo pudiese tranquilizarse por estar cierto de la lealtad del rey, se calmaria y las facciones mori-

rian por sí mismas. Pero en tanto que aparezca que las conspiraciones exteriores é interiores están favorecidas por el rey, siempre renacerán nuevos disturbios que irán agravándose hasta hacer que ningun ciudadano tenga confianza en el rey. El actual estado de cosas marcha rápidamente hácia una crisis cuyas probabilidades están evidentemente en contra del trono. Se ha hecho del jefe de una nacion libre un jefe de partido, y hé aquí la razon de que el partido contrario le considere como á un enemigo en vez de mirarle como su rey. ¿Qué éxito puede esperarse de estos manejos tramados con el extranjero para restablecer la autoridad real? Si ésta se restableciese por semejantes medios, apareceria como una usurpacion violenta de los derechos de la nacion, y la misma fuerza que hubiese servido para obrar la restauracion sería necesaria para sostenerla, lo que equivale á decir que no se veria un término á la guerra civil. Adictos como lo somos á los intereses de la nacion, de los que nunca separaríamos los del rey, pensamos que el único medio de evitar los males que amenazan al trono es que éste se confunda con la nacion. Otras nuevas protestas serian insuficientes; lo que se necesita es actos. Que renuncie el rey á todo aumento de poder que se le ofrezca por los extranjeros; que obtenga de los gabinetes que son hostiles á la revolucion que alejen sus ejércitos de nuestras fronteras. Si esto le es imposible, que arme él mismo la nacion y que la haga que se subleve en masa contra los enemigos de la Constitucion. Que escoja sus ministros entre los hombres más comprometidos por la revolucion; que ofrezca las armas y los caballos de su guardia para esta guerra; que dé publicidad á la distribucion que se hace de los fondos de la lista civil, probando de este modo que su tesoro secreto no es el origen de los complots contrarrevolucionarios; que solicite él mismo una ley sobre la educacion del príncipe real, y que haga que ésta sea segun el espíritu de la Constitucion; que separe á Mr. de Lafayette del puesto que ocupa en el ejército. Si el rey adopta todas estas resoluciones y persiste en ellas con firmeza, la Constitucion se ha salvado.»

Esta carta, puesta en manos del rey por Thiéri, le sorprendió, porque no tenia ningun conocimiento de ella. Irritóse al ver que se le prodigaban unos socorros que no habia pedido, y no pudo ménos de decir á Boze: «¿Qué quieren estos hombres? ¿No he hecho ya todo lo que me aconsejan? ¿No he nombrado ministros patriotas? ¿No he desechado los socorros de los extranjeros? ¿No he desaprobado la conducta de mis hermanos? ¿No he impedido la coalicion en cuanto ha dependido de mí, y mandado que se pusiesen las fronteras en estado de defensa? ¿No he sido más fiel á mi juramento que los facciosos desde que acepté la Constitucion?»

Indecisos aún los jefes de los girondinos entre la república y la monarquía, andaban á tientas en busca del poder, ya en la Asamblea, ya con el rey, dispuestos siempre á apoderarse de él en donde les fuese posible hallarlo. No ofreciéndose ocasion de verificarlo entendiéndose con el rey, juzgaron que era más seguro minar el trono que consolidarle, por cuya razon fueron acercándose cada día más á los facciosos.

Entre tanto, mandando en el Consejo á medias por disponer de Roland, de Claviere y de Servan, que habia reemplazado á Grave, pesaba sobre ellos en cierto modo la responsabilidad de aquellos tres ministros. Empezaban ya los jacobinos á pedirles cuenta de los actos de un ministerio que estaba en sus manos y que llevaba su nombre. Colocado Dumouriez entre el rey y los girondinos, veia aumen-

tarse diariamente los recelos de sus colegas respecto á él, siéndoles á aquéllos no ménos sospechosa la probidad de Dumouriez que su patriotismo. Este hombre se habia valido de su popularidad y del ascendiente que tenia sobre los jacobinos para pedir á la Asamblea seis millones para gastos secretos en cuanto subió al poder. Esta suma estaba destinada probablemente para sobornar los gabinetes extranjeros, desunir de la coalicion á las potencias y fomentar la revolucion en Bélgica. Sólo Dumouriez sabía el destino que se daba á aquellos millones. Empeñado su patrimonio y haciendo gastos excesivos en razon á sus compromisos con madama de Beauvert, la seductora hermana de Rivarol, y ligado con hombres sin principios y de relajadas costumbres, era mal mirado por madama Roland y por su marido, tanto por todo lo que se ha dicho, cuanto porque habia sospechas de que, si no directamente á él, era fácil ganar con dinero á sus más íntimos confidentes. La probidad es la virtud de los demócratas, porque el pueblo fija principalmente su atencion en que estén adornados de aquella virtud los que le gobiernan. Los girondinos, hombres antiguos, temian que recayese sobre ellos hasta la sombra de una sospecha de esta naturaleza, y la ligereza de Dumouriez en semejante materia les ofendia. Murmuraban de él, y Genoué y Brissot le intimaron algo sobre este particular en casa de Roland. Autorizado éste por la edad y por la austeridad de sus principios, hizo presente á Dumouriez cuánto debía respetarse á sí mismo un hombre público, y cuán obligado estaba á dar ejemplo á los demas con la austeridad de sus costumbres. El guerrero tomó á broma esta reconvenccion, y respondió á Roland que si debía su sangre á la nacion, no le debía el sacrificio de sus gustos ni de sus amores, porque él comprendia el patriotismo á lo héroe y no á lo puritano. La aspereza de esta contestacion envenenó los ánimos, y se separaron resentidos y recelosos unos de otros.

Desde aquel dia no volvió Dumouriez á las reuniones de madama Roland. Esta mujer, que por el instinto superior de su genio y de su sexo conocia perfectamente el corazon humano, no se engañó respecto á las intenciones del general. «Ha llegado la hora—dijo con osadía á sus amigos—de perder á Dumouriez. Ya sé—añadió dirigiéndose á su marido—que tú no serías capaz de descender hasta la intriga y la venganza; pero acuérdate de que Dumouriez debe conspirar interiormente contra los que le han ofendido. Cuando uno ha osado hacer semejantes reconvencciones á un hombre como Dumouriez, y cuando han sido tan inútiles como las que tú le has hecho, es preciso herir ó aguardar tranquilamente á que á uno le hieran.» Esta mujer discurría perfectamente, y no se equivocaba en lo que decia. Dumouriez, cuya penetrante mirada habia descubierto detras de los girondinos otro partido más fuerte y más audaz que el suyo, empezó desde entónces á relacionarse con los intrigantes del partido jacobino. Pensó, y con razon, que el odio de partido sería más poderoso que el patriotismo, y que halagando la rivalidad de Robespierre y de Danton contra Brissot, Petion y Roland, hallaria en los mismos jacobinos un apoyo hasta para el gobierno. Dumouriez queria al rey, compadecia á la reina, y estando más inclinado á la monarquía que á cualquiera otro gobierno, le hubiese lisonjeado tanto restablecer el trono como salvar la república. Hábil en manejar á los hombres, cualquier instrumento le era bueno para lograr su intento. Desertarse de los girondinos que, oprimiendo al rey, le amenazaban también á él, é ir á buscar más léjos y en otra esfera más baja la popularidad de que necesitaba para ata-

carles, era un gran golpe de talento; probó á darlo, y salió con su empresa. Desde esta época empiezan sus relaciones con Camilo Desmoulin y con Danton.

Este y Dumouriez, semejantes en vicios y en cualidades, forzosamente tenían que ponerse de acuerdo muy pronto, porque uno y otro no quisieron en la revolución sino su actividad. Los principios les eran enteramente indiferentes; lo que halagaba su energía y su ambición era aquel movimiento tumultuoso de las cosas, que precipitaba y elevaba á los hombres desde el trono á la nada, desde este estado á la cumbre de la fortuna y del poder. La embriaguez de la acción era para aquellos dos hombres una necesidad continua de su naturaleza, y la revolución, un campo de batalla cuyo vértigo les encantaba y engrandecía.

Cualquiera otra revolución distinta á la que atravesaban les hubiese convenido igualmente, ya hubiese sido favorable al despotismo ó á la libertad, al rey ó al pueblo. Hay hombres que, no pudiendo respirar con desahogo sino en una atmósfera agitada, no pueden vivir más que en medio de un torbellino de acontecimientos. Además, si Dumouriez tenía los vicios ó las ligerezas de las cortes, Danton tenía los vicios y el desenfreno del pueblo. Aunque estos vicios sean tan diferentes en la forma, son idénticos en la esencia; se comprenden unos á otros fácilmente y son el punto de contacto entre la debilidad de los grandes y la corrupción de los pequeños. Dumouriez comprendió á Danton á primera vista, y éste dejó que aquél se le acercase y no opuso resistencia á lo que de él quiso exigir. Sus relaciones, sospechosas de cohecho por una parte y de venalidad por otra, subsistieron secreta ó públicamente hasta el destierro de Dumouriez y hasta que murió Danton. Camilo Desmoulin, amigo de éste y de Robespierre, se apasionó también de Dumouriez, cuyo nombre popularizó en sus libelos. El partido de Orleans, representado por medio de Sillery, Laclous y madama de Genlis en los Jacobinos, buscó igualmente la amistad del nuevo ministro. En cuanto á Robespierre, cuya política consistía en una reserva hábil con todos los partidos, no manifestó respecto á Dumouriez ni cariño ni antipatía, pero se regocijó interiormente al ver en él un rival de sus enemigos. Es muy difícil odiar al enemigo de los que nos aborrecen.

IX

El antagonismo entre Brissot y Robespierre crecía y se envenenaba cada día más. Las sesiones de los Jacobinos y los papeles públicos eran el teatro permanente de la lucha y de las reconciliaciones de aquellos dos hombres. Iguales en fuerzas en la nación, iguales en talento en la tribuna, se veía que se temían mutuamente, al mismo tiempo que se atacaban y que disfrazaban bajo la apariencia de un respeto recíproco hasta sus más graves ofensas. Pero esta animosidad comprimida aumentaba más el odio de sus almas y estallaba de cuándo en cuándo bajo sus almiaradas palabras, á la manera que sale la muerte del acero que parece más terso.

Todos aquellos gérmenes de división, de rivalidad y de resentimiento hirvieron como el agua en una caldera en las sesiones de Abril. Fueron éstas una especie de revista general de los dos grandes partidos que iban á despedazar el imperio, disputando cuál de los dos había de dominar al otro. Los fuldenses, ó sea los constitucionales moderados, eran las víctimas que uno y otro partido sacrificaban á por-

fía á las sospechas y á la ira de los patriotas. Røederer, jacobino moderado, era acusado de haber asistido á un convite dado por los fuldenses amigos de Lafayette. «Yo no culpo sólo á Røederer,—decía Tallien,—denuncio igualmente á Condorcet y á Brissot. Arrojemus de nuestra sociedad á todos los ambiciosos y á todos los cromwellistas.»

«Pronto llegará el momento de quitar la máscara á los traidores,—dijo á su vez Robespierre,—yo no quiero quitársela ahora mismo. Es preciso que cuando hiramus, el golpe sea decisivo, y yo quisiera que aquel día me oyese toda Francia, y hasta el mismo jefe de todas esas facciones, que es Lafayette, á quien tendría gusto en ver asistir á esta sesión á la cabeza de su ejército, porque de este modo me proporcionaría la ocasión de presentarme ante sus soldados, á quienes diría enseñándoles mi pecho descubierto: ¡Herid! Este momento sería el último de Lafayette y de la facción de los intrigantes.» (Este era el nombre que había inventado Robespierre para designar á los girondinos.) Fauchet dió una satisfacción de lo que había dicho respecto á que sería una felicidad para la patria que Guadet, Vergniaud, Gensonné y Brissot se pusiesen al frente del gobierno. Los girondinos eran acusados de soñar en un *protector*, y los jacobinos en un *tribuno* del pueblo. Brissot subió por fin á la tribuna, y dijo: «Vengo á defenderme. ¿Cuáles son mis crímenes? Según dicen, he nombrado ministros. También se ha esparcido la voz de que estaba en correspondencia con Lafayette, y quería hacer de él un protector. Seguramente que me conceden un gran poder los que piensan que desde el cuarto piso donde habito he dictado leyes al palacio de las Tullerías. Pero aún cuando fuese cierto que yo hubiese nombrado ministros, ¿de cuándo acá es un crimen haber puesto en manos de los amigos del pueblo los intereses de ese mismo pueblo? Dicen que este ministerio va á distribuir todos sus favores entre los jacobinos ¡Ojalá estuviesen servidos por éstos todos los destinos de la nación!»

A estas palabras, Camilo Desmoulin, que estaba en un rincón de la sala y que era enemigo de Brissot, se acercó al oído del que estaba á su lado, y le dijo en alta voz y con una sonrisa irónica: «¿Qué bien habla ese bribón! Ni Cicerón ni Demóstenes se hubiesen valido de unas insinuaciones más elocuentes». A estas palabras, cien gritos de los partidarios de Brissot piden á un mismo tiempo que Camilo Desmoulin sea expulsado de la sala. Uno de los censores califica de palabras infamantes las que ha dicho el libelista, y la calma se restablece. Brissot prosigue en estos términos: «La denuncia es el arma del pueblo, yo no me quejo de esto. ¿Sabéis quiénes son sus más crueles enemigos? Los que prostituyen la denuncia. ¡Oh! El denunciar es cosa muy fácil. ¿Es tan fácil probar lo que se dice? ¡Despreciad altamente á todo el que denuncie y no pruebe! Hace ya tiempo que se habla de protector y de protectorado. ¿Sabéis por qué? Para acostumbrar á los hombres á oír los nombres de tribunado y de tribuno. Los que lo desean no ven que el tribunado no existirá jamás. ¿Quién se atreverá á destronar al rey constitucional? ¿Quién osaría ceñir á sus sienes la corona? ¿Quién es capaz de imaginar que la raza de Bruto se ha extinguido? Y aún cuando no hubiese otro Bruto, ¿dónde se halla un hombre que tenga diez veces más talento que Cromwell? ¿Creeis que el mismo Cromwell hubiese salido con su intento en una revolución como la nuestra? Aquel hombre tenía dos caminos abiertos á la usurpación, que hoy no existen: la ignorancia y el fanatismo. Vosotros que creéis ver otro Cromwell en Lafayette, ni cono-